

## La aldea de las luces por Orongo

*“A veces, miro al cielo y me pregunto:  
¿Y si nunca me hubiera ido?”*

Cogí el móvil y busqué su número. Al hacerlo, sentí mi corazón latiendo a un ritmo desconocido y empecé a dudar. Imaginaba la cara que pondría cuando le diera la noticia y sentí que no tenía fuerzas suficientes. Lo apagué y cuando se puso la pantalla en negro pude ver mi imagen reflejada. Cerré los ojos y recordé cómo habían sido estos últimos meses que me había cambiado la vida.

El autobús avanzaba pesadamente por caminos sin hacer. Ya hacía varias horas que habíamos pasado por el último lugar poblado y nada hacía indicar que el trayecto estuviera a punto de finalizar. Paseé mi vista por el interior buscando algo de información, pero nada. Estaba a rebosar. La gente se agolpaba en el pasillo y el ruido de varias de conversaciones simultáneas competía con el del motor sin que hubiera un ganador claro.

De repente, el autobús detuvo su marcha y paró el motor. Me asomé por la ventana y pude ver cómo decenas de cabañas se alzaban a ambos lados. Descendí y busqué mi equipaje como pude entre la multitud de niños que se había congregado en torno al autobús.

Con mis bultos en la mano me dediqué a observar el lugar en el que me encontraba. La aldea, sin duda, era más grande de lo que imaginaba. Las cabañas se extendían a ambos lados de una gran avenida de arena sin que alcanzara a divisar el final. Algunos barracones se mezclaban entre las cabañas destacando por su altura.

Había gente cantando, otros hablando y todos en un tono más alto del que estaba acostumbrada. Aquel lugar desprendía vida.

Comencé a caminar entre las cabañas sin saber muy bien qué rumbo tomar cuando de repente se me acercó un voluntario que, tras presentarse y saludarme efusivamente, me pidió que le acompañara. Me llevó al barracón que sería mi hogar durante ese tiempo y me propuso que descansara. Y vaya si lo hice. El cansancio me arrulló y cuando desperté tenía las pilas cargadas para lo que me esperaba.

No me costó acostumbrarme al ritmo de la aldea. Desde el primer día me dediqué en cuerpo y alma al apoyo en la escuela. Ese era mi principal cometido, ayudar a las otras dos voluntarias encargadas. Iba muy confiada en mi experiencia como profesora pero al llegar me di cuenta de que me iba a servir de poco. Y es que, cada momento, cada situación, iba directa al fondo, al corazón. A ese terreno donde la globalización y la tecnología no llegan, ni lo harán nunca.

Las vivencias con los niños me colmaron desde el primer día. Siempre tan alegres y agradecidos, me reflejaba en esas miradas profundas y sentía realmente que ese era mi sitio. Desde el primer día compartieron conmigo todos sus anhelos y sus secretos. Recuerdo cuando vinieron a buscarme al barracón al atardecer para que les acompañara. Caminamos hasta dejar atrás la aldea y de repente se tumbaron todos al suelo. Yo les miré e hice lo mismo. Allí, en medio de una oscuridad total, se alzaba majestuoso el cielo más lleno de estrellas que he visto en mi vida. Apenas cabían todas. Ellos lo llamaban la aldea de las luces. Jugaban a imaginar que allí arriba había una aldea enorme y la gente andaba con antorchas que centelleaban y, cuando se consumían, se hacían pequeñas. El espectáculo era impresionante.

El tiempo volaba cuando un buen día Ana, una de las voluntarias encargadas de la escuela, nos dijo que se volvía a España por sus problemas de salud. Ana era muy querida y su marcha nos llenó de pena. Sin su ayuda, la actividad en la escuela creció considerablemente y yo sólo pensaba en cómo quedaría Irene, cuando yo me marchara en un par de semanas, tal y como tenía previsto.

Abrí los ojos y volví a buscar su número, decidida. Cuando mi madre contestó, tuve la certeza de que ya lo sabía. En realidad siempre lo supo. Desde que a mis tres años me tomó en brazos por primera vez para llevarme con ella; desde que descubrió que podía perderse en la inmensidad de mis pupilas y se propuso enseñarme mil y una formas de amar. Pero, sobre todo, desde el día que le conté que me iría un par de meses de voluntaria a la aldea en la que nací.

Cuando le dije que me quedaba, no me preguntó por cuanto tiempo y yo no se lo dije. Realmente no lo sabía. Ella me enseñó a vivir el presente y el mío está aquí, rodeada de ojos que hacen pasar desapercibidos los míos.

Lo hizo fácil, como siempre. Con la voz quebrada me dijo que no hay que oponerse al destino y que se sentía orgullosa de mí. Y prometió que vendría pronto a verme.

Cuando colgué, miré al cielo. Allí estaba la aldea de las luces, igual de bella que en noches pasadas. Todavía con lágrimas en los ojos seguía pensando en ella y, de repente, vi pasar una enorme estrella fugaz. Imaginé a un hombrecillo corriendo allá arriba con una antorcha en la mano para hacer cumplir mi deseo. En ese momento, fui plenamente feliz.